

1973: AÑO CERO DEL CAPITALISMO GLOBAL*

Julio Pérez Serrano**

RESUMEN

El artículo analiza las claves que conforman la coyuntura crítica en la que nace el capitalismo global. Durante el año 1973, en menos de diez meses y en lugares muy distantes del planeta, tienen lugar una serie de acontecimientos que aportan los ingredientes esenciales de lo que, pasado el tiempo, hemos denominado capitalismo global. En la coyuntura de 1973 tienen su coordenada de origen los vectores más característicos de esta nueva fase del capitalismo: en el orden económico, la inestabilidad en los mercados de divisas, la práctica del neoliberalismo y un progreso tecnológico sin precedentes; en lo político, el ensayo con éxito del modelo de transición a la democracia como fórmula alternativa a la revolución social, y en el ámbito de la cultura, la hegemonía del discurso *globalista*, asentado en la malla del paradigma global.

PALABRAS CLAVE

Globalización, capitalismo global, democracia, Chile, 1973.

Recibido: 21 de septiembre de 2013.

ABSTRACT

This article discusses the critical juncture at which global capitalism was born. During the year 1973, in less than ten months and in distant places of the world, a series of events take place. They introduce the key elements that, over time, have shaped the so-called global capitalism. Therefore 1973 is the Year Zero of global capitalism because their most characteristic vectors have their coordinate origin in this crossroad: in the economic order, the instability in the currency markets, the practice of neoliberalism and unprecedented technological progress; in politics, the successful test of the transition to democracy, as an alternative model to the social revolution, and in the field of culture, the hegemony of the globalist discourse, seated in the global paradigm mesh.

KEYWORDS

Globalization, global capitalism, democracy, Chile, 1973.

Aprobado: 20 de noviembre de 2013.

* Este texto se inscribe en el proyecto "Sindicalismo y nuevos movimientos sociales en la construcción de la democracia: España, 1976-2012" (HAR2012-38837), financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad de España. Fue presentado como ponencia en el Coloquio "Chili à l'épreuve du temps, 1973-2013. Impacts et réinterprétations du 11 septembre chilien", organizado por el Institut d'Études Politiques de Rennes y la Université de Bretagne Occidentale, en septiembre de 2013.

** Doctor en Historia. Profesor Titular, Universidad de Cádiz. E-mail: julio.perez@uca.es.

1. EL 11 DE SEPTIEMBRE COMO RUPTURA DEL TIEMPO HISTÓRICO

El ataque al Palacio de la Moneda por tropas sublevadas del ejército chileno el 11 de Septiembre de 1973 es quizás uno de los eventos que más han marcado la memoria de las generaciones nacidas después de la Segunda Guerra Mundial. Los medios de comunicación emitieron hasta la saciedad las grabaciones de aquellos momentos decisivos en la historia reciente de América Latina. En Europa, muchos conocimos la tragedia chilena de primera mano, en el desgarrado relato de los exiliados que comenzaron a llegar a nuestros países. Durante la década de 1980, la dictadura de Pinochet, como el *apartheid* sudafricano y el genocidio del pueblo palestino a manos del fanatismo sionista, constituyeron el tríptico más elocuente de hasta qué límites estaban dispuestos a llegar los poderosos en la desesperada defensa de sus privilegios.

Para los españoles, quizá por el hecho de haber sufrido durante casi cuarenta años una dictadura de origen fascista, el caso de Chile fue sin duda el que mayor impacto psicológico tuvo. Miles de ejecuciones sumarias, decenas de miles de desaparecidos, las imágenes del Estadio Nacional convertido en improvisado centro de detención y torturas, quedaron grabadas para siempre en nuestras retinas. La tragedia colectiva de Chile, encarnada en la resistencia hasta

el suicidio de su presidente constitucional, dejó también una huella indeleble en nuestra memoria. Pocos de quienes la escucharon pudieron no sentirse conmovidos ante la última alocución de Salvador Allende emitida por Radio Magallanes desde el Palacio de la Moneda. Eran los pródromos de la tragedia, casi dos décadas de oscuridad y desprecio de los derechos humanos se iniciaban aquel 11 de Septiembre.

Tan poderoso y universal impacto, potenciado luego por las noticias del terror y de la barbarie que se iban imponiendo en el país¹, ocluyó sin embargo el recuerdo de los años inmediatamente anteriores. El proyecto de la Unidad Popular cayó en el olvido, en parte cuestionado por los propios acontecimientos y en parte también por el nuevo rol que los antaño revolucionarios pasaron a adquirir. La transformación de los luchadores en víctimas conllevó sin duda una suerte de cosificación y, por ende, la elisión de sus proyectos². Fuera de Chile, la solidaridad internacional fue orientándose cada vez más hacia la denuncia de la represión, sin ahondar en los perfiles políticos de las víctimas, y dentro del país, tras el restablecimiento de las libertades, se impuso el lenguaje de la reconciliación³, siguiendo el protocolo de las transiciones políticas ya ensayado años antes en España, tras la muerte de Franco. El tratamiento humanitario del problema no ayudó, por ello, a restable-

1 Confirmados luego en Raúl Rettig, (coord.), Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Santiago de Chile: Imprenta de La Nación, 1991), conocido como «Informe Rettig».

2 Un esclarecedor testimonio en Igor Goicovic, "La implacable persistencia de la memoria. Reflexiones en torno al informe de la Comisión de Prisión Política y Tortura", en *Revista de Historia Actual*, núm. 2 (Cádiz 2004): 73-91.

3 Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política, 1932-1994* (Santiago de Chile: LOM Ediciones-DIBAM, 2000).

cer la dignidad de los que cayeron por su defensa de la democracia y el socialismo. Considerados víctimas “inocentes” de un irracional baño de sangre, sus causas y sus proyectos, por los que dieron la vida, quedaron difuminados.

De este modo, pervivió el recuerdo traumático de la dictadura, pero no recuperó vigor en la memoria colectiva la experiencia de lucha del pueblo chileno –sin duda compleja y contradictoria– por la democracia y el socialismo, un combate que alcanzó su cénit a comienzos de la década de 1970⁴. La rígida frontera de memoria que separa el pasado y el presente se sitúa así en los acontecimientos del 11 de Septiembre. La Unidad Popular es el último episodio del pasado, se recuerda en blanco y negro, tiene su lugar en los libros de Historia. Por el contrario, la dictadura de Pinochet, un cuarto de siglo después del plebiscito de 1988, es una referencia obligada para comprender el Chile actual, ya sea por sus supuestos logros ya sea por el profundo trauma colectivo que provocó. Mientras que una suscita debates académicos en las aulas, la otra divide todavía a la sociedad y a la clase política.

Este distinto tratamiento que la memoria le ha dado al periodo de la Unidad Popular y a la dictadura pinochetista no se explica sólo por factores internos. La censura entre la vía chilena al socialismo, liderada por Salvador Allende, y la refundación neoliberal del

capitalismo en Chile, llevada a cabo por Pinochet, es una metáfora que refleja el cambio de ciclo que a nivel internacional se estaba produciendo en aquella coyuntura decisiva de 1973. Más allá de valoraciones morales, aunque sin disminuir un ápice el rechazo que todo ciudadano honrado debe sentir por los gobiernos que tiranizan a sus pueblos, la de 1970-1973 no fue una confrontación entre “buenos” y “malos”, sino una pugna entre dos proyectos políticos con una clara dimensión histórica, ya que la UP y los estrategas del golpe militar no discrepaban en lo accesorio, sino que pretendían cambiar la historia de Chile de acuerdo con dos modelos sociales radicalmente antagónicos.

Esta confrontación entre proyectos históricos se dio también en otros lugares del planeta en los mismos años. España fue el otro gran escenario de este mismo combate. El 20 de diciembre de 1973, el almirante Luis Carrero Blanco, presidente del gobierno de España, fue víctima de un atentado mortal reivindicado por ETA, organización armada del nacionalismo vasco. Carrero había sido designado para este cargo por Franco sólo unos meses antes, en junio de 1973, y estaba llamado a ser el garante del continuismo una vez que se restaurara la monarquía. Su muerte debilitó al sector más inmovilista del régimen y favoreció la apertura política⁵. Las fuerzas opositoras que habían luchado por la democracia y el socialismo, partidarias de una verdadera ruptura democrática

4 Joan del Alcázar, “Los historiadores y la consolidación democrática chilena: memoria, olvido e historia”, en *Revista de Historia Actual*, núm. 3, (Cádiz 2005): 161-171.

5 Cf. Julen Agirre, *Operación Ogro. Cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco*, Hendaye/París, Mugalde/Ruedo Ibérico, 1974, p. 3.

que restableciera la legalidad republicana, no fueron capaces de responder de forma unánime y eficaz a este desafío⁶. La división de la izquierda, debilitada por las continuas querellas internas, y la permanente amenaza de un golpe militar explican que el proyecto reformista diseñado por las élites del franquismo, acabara imponiéndose.

Aunque, en apariencia, la evolución política de ambos países se diera en sentido inverso, ya que España transitaba a mediados de los setenta de la dictadura a la democracia, mientras que Chile lo hacía desde democracia a la dictadura, lo cierto es que en los dos casos se constatan las derrotas de los proyectos socialistas y el triunfo de aquellos otros tendentes a la refundación del capitalismo de acuerdo con el dogma neoliberal. El sistema de gobierno, parlamentarismo o dictadura, no fue más que el instrumento político para alcanzar el objetivo estratégico del bloque dominante, por lo que se adaptó al momento y a las características específicas de cada país. En el caso de España, las élites económicas necesitaban las formas parlamentarias para insertarse plenamente en una Europa que enarbolaba la bandera de la democracia frente al comunismo soviético. En el caso de Chile, tales formas habían permitido el acceso de los socialistas al poder, por lo que fue una dictadura de nuevo tipo la que creó las condiciones que hicieron posible la transformación neoliberal. Ambas transiciones están encadenadas, como la historia reciente de

ambos países, por esta ineluctable simetría.

2. LA COYUNTURA FUNDANTE DEL CAPITALISMO GLOBAL

Pero el año 1973 encierra algunas otras concatenaciones. El 12 de febrero el presidente norteamericano Richard Nixon, ahogado por la financiación de la guerra de Vietnam y para reducir el déficit de la balanza comercial, había anunciado una importante devaluación del dólar, al tiempo que las autoridades monetarias de los demás países autorizaban la libre fluctuación de sus divisas. Ello suponía la quiebra de los acuerdos de Bretton Woods y el fin del Sistema Monetario Internacional basado en el patrón-dólar, algo que alteraba sustancialmente las condiciones de la competencia internacional. En aquel momento, sin embargo, la retirada estadounidense de Vietnam, tras los acuerdos suscritos el 27 de enero en París, eclipsó en los medios la noticia del abandono del patrón-dólar, mucho más trascendente sin duda.

Como lo fue, el 23 de octubre, la constitución en Tokio de una nueva organización internacional de carácter privado, la Comisión Trilateral –Estados Unidos (y Canadá), Europa y Japón–, que venía a configurarse como una verdadera patronal mundial. Creada por iniciativa del Club Bilderberg⁷, fundado

6 Julio Pérez S., “Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994)”, en Rafael Quirosa-Cheyrouze (ed.), *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia en España* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013), 249-289.

7 El acuerdo se adoptó en la reunión del Club celebrada del 21 al 23 de abril de 1972, en la localidad belga de Knokke, Vid.

en 1954, en los albores y con la lógica ya de la Guerra Fría, participaron en su fundación personajes tan destacados como el Secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, el banquero David Rockefeller o el analista político Zbigniew Brzezinski, que sería su primer director. La Comisión Trilateral surgió así discretamente y al margen de los gobiernos, y en una reunión privada, pero con el objetivo explícito de estrechar la cooperación entre las tres áreas más industrializadas del mundo capitalista, para que pudieran ejercer un liderazgo compartido en el sistema internacional.

Casi en las mismas fechas, tras la Guerra árabe-israelí del Yom Kipur, el 6 de octubre, el precio del barril de petróleo comenzó a dispararse. Los países árabes, mayoritarios en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), acordaron el embargo de crudo a Occidente y la rebaja de la producción, intentando de este modo presionar a los países occidentales para que cesase su apoyo a Israel. Estas medidas provocaron una drástica subida en el precio del petróleo, que al terminar el año alcanzaba su máximo histórico, superando los once dólares. Comenzaba así la llamada “crisis del petróleo”, en la que se combinaban factores coyunturales relacionados con el conflicto árabe-israelí en Oriente Medio y otros de carácter estructural que apuntaban hacia un escenario más complejo, marcado por el

agotamiento de las reservas de combustibles fósiles en el mediano plazo y por la necesidad de acometer cambios profundos en el sistema capitalista.

Aunque parezca sorprendente, estos hechos, que tienen lugar en menos de diez meses en lugares muy distantes del planeta (Chile, España, Japón, Estados Unidos, Oriente Medio...), aportan todos los ingredientes esenciales de lo que, pasado el tiempo, hemos denominado “capitalismo global”. La perspectiva del presente nos ayudará a valorar la magnitud y la trascendencia histórica de estos acontecimientos.

El abandono del patrón-dólar puso fin a la posición de ventaja que los Estados Unidos ostentaban en los mercados internacionales de divisas, condicionados hasta entonces por la emisión masiva de “eurodólares”⁸, e introdujo una gran anarquía y una permanente inestabilidad en los mercados financieros. Tras esto era imposible concebir que el equilibrio monetario internacional continuara inalterado. El fruto más relevante ha sido sin duda la moneda única europea, el euro, adoptada oficialmente en 1995⁹. Pero la idea de la unidad económica y monetaria no tomó cuerpo en Europa hasta que, finalizada la Guerra Fría, Alemania logró imponer sus condiciones en el Tratado de Maastricht, suscrito en 1992, apenas dos años después de que se hubiera logrado la anexión

Martín Jiménez, C., *El Club Bilderberg: los amos del mundo* (Córdoba: Arcopress, 2005); Daniel Estulin, *La verdadera historia del Club Bilderberg* (Barcelona: Planeta, 2005); Daniel Estulin, *Los secretos del Club Bilderberg* (Barcelona: Planeta, 2007).

8 Estados Unidos había traficado con la fiabilidad de su moneda, saldando los déficits de pagos con derechos especiales de giro y con la emisión de nuevos dólares cuyo valor real estaba muy por debajo de su paridad oficial en términos de oro, mientras que los demás países estaban obligados a hacerlo en oro.

9 El euro se introdujo en los mercados financieros como moneda de cuenta el 1 de enero de 1999 y los primeros billetes entraron en circulación el 1 de enero de 2002.

de la República Democrática. El euro, equivalente a dos marcos, nació como principal recurso estratégico para la unión política, el otro gran acuerdo de Maastricht, ya que desposeyó de autonomía en materia monetaria a los países que lo adoptaron. Pronto se convirtió en la segunda moneda reserva del mundo, en abierta competencia con el dólar, reflejando la pugna que en el orden geoestratégico comenzaba a existir entre los antiguos aliados del viejo y el nuevo continente. El poderoso impulso que el euro dio a la construcción europea y a la proyección internacional de Alemania no hubiera sido posible sin el previo colapso de Bretton Woods y la implantación del Sistema Monetario Europeo, en marzo de 1979.

Paralelamente, la dictadura de Pinochet habría gestado las condiciones socio-económicas y políticas necesarias para aplicar, por primera vez en la historia, las teorías elaboradas por los economistas liberales de la Universidad de Chicago inspirados en las tesis de Milton Friedman y Friedrich Hayek¹⁰. La nueva doctrina, el neoliberalismo, profundamente dogmática e incluso contraria en su espíritu al liberalismo original, ponía el énfasis en la “competitividad” y pretendía restituir al “mercado” las parcelas que el keynesianismo había cedido excepcionalmente a la protección del Estado¹¹. La dictadura chilena estimuló la incorporación de jóvenes

economistas formados en esta corriente, los llamados *Chicago Boys*, que llevaron a cabo las grandes reformas estructurales en el país¹². Hasta ese momento ningún gobierno se había sentido capaz de ensayar estas recetas, que conllevaban la reducción drástica del gasto público y la privatización de todos los sectores económicos, incluidos los servicios básicos. Ni las dictaduras más conservadoras se habían atrevido a desposeer a los trabajadores de los derechos adquiridos en largas décadas de lucha. Pero la dictadura chilena, utilizando técnicas terroristas, logró desregular el mercado laboral y entregó a la clase obrera a la voracidad de unos empresarios condenados a depredar para no caer víctimas de competidores más agresivos. Chile fue el laboratorio del neoliberalismo, y sus supuestos éxitos fueron el inicio de un nuevo ciclo en el que, después de pocos años, el nuevo sistema se acabaría imponiendo a escala planetaria.

La Comisión Trilateral vino a dotar de entidad propia a una práctica habitual en los primeros años de la Guerra Fría, consistente en la celebración de convenciones institucionales y foros de expertos destinados a planificar la promoción de las opciones estratégicas a largo plazo del capitalismo. Aunque su influencia en acontecimientos concretos es difícilmente cuantificable, su transcendencia se deriva del papel que desempeña en la institucionalización de

10 Frank H. Knight, Henry C. Simons, Lloyd W. Mints, Aaron Director, George J. Stigler, etc.

11 Sobre estas teorías, Milton Friedman, *Capitalismo y libertad* (Madrid: Rialp, 1966); *Dólares y déficit* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1971).

12 Entre ellos, Álvaro Bardón, Miguel Kast, Roberto Kelly, Rolf Lüders, José Piñera, Cristián Larroulet, Joaquín Lavín y Juan Andrés Fontaine.

una cultura capitalista global¹³. Asimismo, la “Comisión Internacional para la Paz y la Prosperidad”, su verdadero nombre, se encargó de atenuar los conflictos para que, finalizada la Guerra Fría, los tres grandes polos del capitalismo desarrollado no volvieran a enfrentarse, como había sucedido en 1914 y 1939, con un balance de 55 millones de muertos. Se la considera, por ello, una de las principales patrocinadoras intelectuales, en la sombra, del discurso ideológico de la globalización. Este objetivo estratégico se fue instalando en la agenda de los grandes poderes del sistema capitalista a medida que, según el diagnóstico del propio Henry Kissinger, el declive del bloque socialista iba haciéndose más perceptible, e inevitable¹⁴, abriendo paso a la idea de un planeta regido por un único sistema con diferentes polos en conflicto, aunque unidos por la “interdependencia global”¹⁵.

La desaparición de Carrero Blanco, por su parte, hizo inviable la continuidad de la dictadura en España, eliminando, como se ha dicho, al único referente que podría haber asegurado la pervivencia del régimen autoritario tras la muerte de Franco. Aunque resulte paradójico, muchos analistas y cada vez más historiadores coinciden en señalar

esta fecha como el verdadero inicio de la transición a la democracia en España. Ciertamente la “Operación Ogro” resultó funcional al proyecto reformista, hasta el punto de que la propia ETA reconoció que la acción del 20 de diciembre de 1973, que dio “la puntilla irremediable al franquismo”, había sido sugerida por elementos externos a la organización¹⁶. Hoy parece demostrado que la CIA estuvo implicada en este atentado, en el que se utilizó C4, un explosivo “fabricado en Estados Unidos para el uso exclusivo de sus Fuerzas Armadas”¹⁷. La muerte de Carrero habría dejado vía libre al príncipe Juan Carlos, que contaba con el apoyo mayoritario tanto de la élite política como de la económica para traspasar las líneas rojas establecidas por el sector más inmovilista del franquismo. Bajo la tutela de Henry Kissinger, al que también se relaciona con el atentado a Carrero Blanco¹⁸, el príncipe, futuro Rey, utilizó luego el miedo y la coacción militar para limitar el alcance del cambio democrático. Las imágenes del 11 de Septiembre chileno estaban todavía muy presentes y sin duda sirvieron para ejemplificar cuáles podrían ser las consecuencias si el auge de las luchas populares ponía en cuestión la monarquía o el orden socioeconómico¹⁹. La patente de la Transición pacífica a la democra-

13 Según Ramón Tamames, “Jimmy Carter [y más tarde Reagan] fue elevado a la Presidencia de Estados Unidos por decisión sabiamente orquestada de la Trilateral”. Ramón Tamames, R., “Multinacionales, materias primas y fuentes de energía”, en *Historia Universal Siglo XX*, Vol. 34, (Madrid: Historia 16, 1983), 61.

14 Cf. Henry Kissinger, *Diplomacy* (New York: Simon & Schuster, 1994), 790. [Edición en español: Barcelona, Ediciones B, 1996].

15 Término precursor del neologismo «globalización» que estos mismos círculos difunden después de 1990, tras la implosión del bloque socialista. Ver Kissinger, *Diplomacy*... 804-835.

16 Agirre, *Operación Ogro*...

17 Sanz, S., “El explosivo que mató a Carrero se manejó en la base americana de Rota”, en *La Gaceta*, 17-12-2011 [en línea], Documentos inéditos. Ver también abundantes pruebas de esta tesis en Pilar Urbano, *El precio del trono* (Barcelona: Planeta, 2011).

18 José M., Martín M., “Kissinger en el asesinato de Carrero”. En, *Crónica Popular*, 13-12-2011 [en línea]. También, “Entrevista a Pilar Urbano”. En, Finanzas.com, 20-11-2011 [en línea].

19 Julio Pérez S., “Experiencia histórica y construcción social de las memorias: la Transición española a la democracia”, *Pasado y memoria*, núm. 3 (Alicante, 2004): 93-122.

cia, luego explotada en América Latina, la Europa Oriental o el mundo árabe-islámico, había quedado registrada.

Finalmente, la crisis del petróleo reveló el agotamiento del modelo de acumulación capitalista que arranca de la segunda revolución industrial, basado en el uso intensivo del petróleo y otros combustibles fósiles, imponiendo la necesidad de una nueva revolución tecnológica. El impacto de la subida de los precios del crudo, que llevó incluso al racionamiento en algunos países, incluidos los Estados Unidos, impidió sin embargo ver la auténtica magnitud de esta crisis, en la que la cuestión energética convergía con los problemas estructurales de las grandes potencias capitalistas, incapaces de mantener el crecimiento de las décadas anteriores. La descolonización había disminuido los flujos de capital y recursos procedentes de la periferia y la carrera de armamentos demandaba constantes inyecciones de capital. Todo ello hizo que se abandonara el patrón-oro, otro de los pilares de Bretton Woods, para poder jugar con el valor de las monedas. El capitalismo encontró así una forma de crecer artificialmente, sin necesidad de producir nada. La especulación, siempre presente en él, pero en menor escala, pasó a ser el gran motor del negocio bursátil, con lo que capital financiero continuó creciendo, al margen de los sectores productivos. Por supuesto, tras la crisis del petróleo los precios del crudo continuaron sometidos a esta lógica, pero en beneficio

ahora de las grandes corporaciones que controlan su distribución, una lógica especulativa que se fue extendiendo a las materias primas, los metales preciosos, los alimentos, el suelo y el subsuelo, etc. Comenzaron así a generarse las primeras burbujas financieras que, con la extensión del neoliberalismo, alcanzaron magnitudes escalofriantes.

En este contexto, por la necesidad de dar una respuesta al desafío de la crisis general del capitalismo que se estaba gestando, se explica la eclosión de la ya mencionada revolución científico-técnica. En esta revolución tecnológica es obligado mencionar la aparición de los primeros teléfonos móviles y las primeras máquinas para el tratamiento e intercambio personal de información: los ordenadores personales, cuyos prototipos (el Xerox ALTO) y principales elementos de *hardware*, como el disco duro, la tarjeta de red (Ethernet) y el “ratón”, vieron la luz también entre 1972 y 1974²⁰. Por lo que se refiere a la salida al espacio, también dio un salto cualitativo en esta coyuntura, con la puesta en órbita del primer laboratorio espacial de los Estados Unidos, el *Skylab*, en mayo de 1973, antecedente de la actual Estación Espacial Internacional (ISS).

Podríamos acumular muchas otras referencias que ilustren la estrecha conexión que existe entre la coyuntura de 1973 y nuestro presente más inmediato. La fecha de 1973 se nos presenta así como una especie de “Año Cero” del

20 Asimismo conceptos tan modernos como GUI (Graphic User's Interface), tecnología de control del ordenador basada en iconos y puntero de «ratón», y WYSIWYG (What You See Is What You Get), surgen como elementos esenciales del software utilizado por aquellas primeras máquinas.

capitalismo global, dado que es en ese contexto donde tienen su coordenada de origen los vectores que caracterizan esta nueva etapa del desarrollo humano: en el orden económico, la inestabilidad en los mercados de divisas, la práctica del neoliberalismo y un progreso tecnológico sin precedentes; en lo político, el ensayo con éxito de la transición a la democracia como fórmula alternativa al modelo de revolución política inspirado en las experiencias insurreccionales de 1789 y 1917, y en el ámbito de la cultura, la hegemonía del discurso *globalista*, como instrumento de control ideológico, asentado en la malla del paradigma global. Y para completar el cuadro, un hecho que, pese a su extraordinario simbolismo, pasó desapercibido en aquella coyuntura germinal de comienzos de los setenta: el nacimiento de *Greenpeace*, en 1971, el primer movimiento crítico con los efectos globales del capitalismo y pionero de la ecología política, una corriente que hoy está plenamente consolidada en todos los sistemas democráticos.

¿Por qué entonces un desfase tan dilatado –casi dos décadas– entre la coyuntura en que se producen estos acontecimientos y el momento en que tenemos conciencia de su magnitud? Sin duda, habría que referirse a las rígidas condiciones que la Guerra Fría y el sistema bipolar impusieron a la difusión del conocimiento para entender por qué estas experiencias pioneras no fueron vistas por los ciudadanos, y tampoco por muchos conspicuos analistas, como integrantes de un mismo proceso de convergencia hacia un nuevo escenario

internacional. Sabemos que las prioridades de la carrera de armamentos establecieron el secreto de las investigaciones y limitaron el uso de las nuevas tecnologías, consideradas como un recurso estratégico, al ámbito militar. No olvidemos que la investigación atómica con fines de destrucción masiva, el conocido proyecto Manhattan, precedió en más de una década al uso civil de la energía nuclear. Lo mismo sucedió con la primera *Internet*, concebida por el Mando Aliado como red de información confidencial para la defensa. Y algo similar cabe decir respecto a la investigación toxicológica con pesticidas, orientada inicialmente hacia la guerra química, o con los recientes avances en microbiología y genética, que se desarrollan con cargo a presupuestos militares para la guerra biológica.

Las tecnologías sociales tardaron también en difundirse. Pero, conforme se debilitaba el bloque socialista, y desde sus laboratorios chileno y español, se comenzó a propagar una imagen idealizada de los logros cosechados por las doctrinas económicas y políticas que, respectivamente, se habían ensayado en uno y otro país. El neoliberalismo y la transición a la democracia se convirtieron así en poderosas armas de combate ideológico en la fase final de la Guerra Fría, como antídotos de la economía planificada y del poder popular, los dos ingredientes de lo que era entonces el proyecto socialista. Sobre estos nuevos modelos, supuestamente superadores de viejos dogmas decimonónicos, como la lucha de clases²¹, se fue construyendo la

21 El propio Kissinger identifica el triunfo del capitalismo con el momento en que el Gorbachov destruyó los fundamentos

imagen estereotipada de lo que debía ser un país moderno y democrático, preparado para insertarse en la comunidad internacional que estaba emergiendo entre las ruinas del mundo bipolar.

Hubo por todo ello que esperar hasta finales de los ochenta, cuando ya resultaba evidente el triunfo de los Estados Unidos y sus aliados en la Guerra Fría²², para que los extraordinarios avances de la *revolución científico-técnica* reviertan en la esfera de la vida civil. En paralelo, las experiencias de la *transición a la democracia* en España y del *neoliberalismo* en Chile pasarán a convertirse en referencias obligadas para la conformación de un nuevo orden mundial basado precisamente en el binomio democracia-mercado. El liderazgo mundial de los Estados Unidos, cuya influencia en los acontecimientos chilenos y españoles está fuera de toda controversia, permitió la difusión a escala planetaria, no sólo de los nuevos recursos tecnológicos, sino también de los presupuestos neoliberales y del modelo de la transición. El mundo de la Guerra Fría fenece en sólo unos años, y con él, el viejo paradigma dual que había caracterizado el discurso ideológico y político durante casi dos siglos, articulado en torno a la idea del progreso sin límites. En su orfandad, muchos abrazaron entonces las convenciones del pensamiento único y la utopía perversa de la globalización, olvidaron el pasado

y creyeron poder moldear a su antojo el futuro.

3. DE LA TRAGEDIA AL “MILAGRO”

Como se ha dicho, para que todas estas piezas pudieran ensamblarse fue necesario esperar al triunfo del llamado «Mundo Libre» en la Guerra Fría. Con esa victoria la superioridad del capitalismo en la pugna de sistemas parecía haberse confirmado. Los nuevos gobiernos pos-transicionales de las ex repúblicas socialistas se aprestaban a integrarse en las estructuras supranacionales del capitalismo y asumían sin reservas las recetas neoliberales. Grandes olas privatizadoras dejaban en manos de unos pocos privilegiados y del capital extranjero el inmenso patrimonio público acumulado en la época socialista. La influencia del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos se fue haciendo cada vez más evidente en las nuevas “democracias”, que no tardaron en solicitar el ingreso en la OTAN y en las instituciones europeas.

En este contexto, y conforme se aproximaba el cambio de milenio, fue ganando peso la fantasía de que había llegado el fin de la Historia²³. No estábamos ante una nueva profecía, sino ante hechos tan constatables como la revolu-

intelectuales de la Unión Soviética, “[w]hen Gorbachev replaced the concept of the class struggle with the Wilsonian theme of global interdependence”, Kissinger, *Diplomacy...* 789. La idea de globalización vuelve aquí a aparecer como superadora de la lucha de clases.

22 Kissinger, *Diplomacy...* 788-790. Aunque todavía en 1987 el propio líder soviético lo negara, Cf. Mikhail Gorbachev, *Perestroika. Mi mensaje a Rusia y al mundo* (Barcelona: Ediciones B, 1987), 8.

23 Proclamada por Francis Fukuyama en un libro de referencia, tan criticado como poco leído, Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre* (Barcelona: 1992) [edición original en inglés: New York, 1992].

ción en las telecomunicaciones, la integración de grandes mercados regionales o la clonación de seres humanos²⁴. En la década de 1990 la extensión de la democracia y de los derechos humanos a todos los rincones del planeta, la erradicación de las guerras, la obsolescencia de las revoluciones, la creación de un nuevo orden internacional justo y otras tantas previsiones benéficas de lo que habría de ser el futuro mediato de la Humanidad fueron reconocidas casi unánimemente como escenarios posibles gracias a la llamada “globalización”²⁵. Presentándose como prognosis científica, este discurso ideológico asociado implícitamente al triunfo de los Estados Unidos y sus aliados en la Guerra Fría hizo que se extendiera un nuevo milenarismo, no ya alentado por el fanatismo religioso, sino por la ilusión de la utopía tecnológica.

Centremos ahora, de nuevo, el objetivo en el Chile de 1989. Como en el caso de la española, la dictadura chilena no fue derrotada por las luchas populares. No tuvo una salida revolucionaria ni se restableció la legalidad preexistente²⁶. Fue determinante en ello el contexto internacional, marcado por el derrumbe del bloque socialista y el descrédito de su proyecto emancipatorio. Apenas un año después del plebiscito de 1988, la caída del Muro de Berlín se convertía en el epicentro del sismo que en pocos años arrasaría los regímenes socialistas

del Este de Europa. Pinochet se había retirado ciertamente en un momento muy propicio. En adelante, sus partidarios podrían defender lo esencial de su obra, presentada como una cruzada anticomunista, ya que el resto del mundo tendía en apariencia a darles la razón.

Chile aparecía de esta forma y en este nuevo contexto como un país adelantado a su tiempo. Como en toda gran ruptura histórica —la de 1789 a la cabeza—, Chile habría rendido un inevitable tributo de sangre a la modernización. Pero, restablecidas las libertades, el país podía considerarse pionero de la gran mutación que estaba experimentando el mundo dos décadas después de aquel trágico y decisivo 11 de Septiembre. Las referencias al “milagro chileno” expresión acuñada por el propio Milton Friedman para referirse a la transformación económica llevada a cabo en Chile por sus discípulos, los llamados *Chicago Boys*, proliferaron en los primeros años de la transición a la democracia, como prueba de este giro copernicano que se estaba produciendo en la valoración de la obra de la dictadura.

Ciertamente Chile había recuperado ciertas libertades y una todavía frágil democracia pos-transicional²⁷ daba sus primeros pasos. Patricio Aylwin había alcanzado la presidencia tras el triunfo de la Concertación en las elecciones de 1989. El modelo neoliberal, garan-

24 Freeman, J. Dyson, *El Sol, el genoma e Internet* (Madrid: 2000), Michio y Kaku, *Visiones* (Madrid: 1998).

25 Sobre estas cuestiones, Gurutz Jáuregui, *La democracia planetaria* (Oviedo: Ediciones Nobel, 2000); José L. Pinillos, *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época* (Madrid: Espasa-calpé 1998). Más ecuánime, Guillermo de la Dehesa *Comprender la globalización* (Madrid: Alianza editorial, 2000).

26 Amparo Menéndez C., et al., *La caída de Pandora. El retorno de la Transición chilena* (Santiago de Chile: Planeta-Ariel, 1999).

27 Sobre este concepto puede verse Julio Pérez S., “La Transición española en la génesis del capitalismo global” en Navajas Zubeldia, C. (ed.), *Actas del IV Simposio de Historia Actual, I* (Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2002), 145-183, especialmente 179-183.

tizado por los acuerdos que hicieron posible la transición, conservaba todo su vigor. El nuevo gobierno siguió facilitando la entrada de capital extranjero y continuó las privatizaciones²⁸, aunque intentando paliar sus efectos sobre los sectores más vulnerables, lo que le permitió mantener viva la esperanza en el cambio. Como había sucedido en España tras la muerte de Franco, muy pocos opositores reivindicaron el modelo de Estado anterior a 1973. La sociedad chilena había cambiado profundamente, tanto en su estructura como en sus comportamientos políticos. Se había “modernizado”, es decir, había asumido como propios los valores y las prácticas sociales del neoliberalismo²⁹.

De este modo, o con variantes que no afectan al núcleo del discurso, se interpretó de forma mayoritaria, dentro y fuera de Chile, lo ocurrido en 1973 en el nuevo contexto de las post Guerra Fría³⁰. Pero, ¿existe un modo menos complaciente de conectar lo sucedido en 1973 con lo que sobreviene después de 1989?

4. REDEFINIENDO LA GLOBALIZACIÓN

Aunque resulte paradójico, para explicar cómo se llegó a esta metamorfosis del discurso, será preciso dar un nuevo salto “adelante” en el tiempo. Viajemos a la actualidad. Porque no hay

nada que explique mejor un proceso que el contraste de las causas con las consecuencias, a corto, mediano y largo plazo. Baste el ejemplo de la actual crisis económica, que está revelando los estrechos límites de la “modélica” transición como paradigma interpretativo de la historia reciente de España³¹.

Lo sucedido después de otro 11 de Septiembre, el de 2001, ha aportado nueva luz a este debate. Una nueva guerra a gran escala, ahora contra el terrorismo, ha hecho desvanecerse la ilusión de una sociedad internacional segura. Seis años después, la crisis del sistema financiero hacía tambalearse a todas las bolsas, inaugurando un ciclo recesivo que ha ampliado la brecha social en los países desarrollados, y el abismo entre éstos y los países pobres. Los derechos y las libertades de los ciudadanos han sido las primeras víctimas de estos dos cataclismos. Las teorías sobre el fin de la Historia y la imagen de una idealizada globalización –inédita, benéfica y todopoderosa– han estallado en pedazos.

En este nuevo contexto todas las representaciones del pasado tienden a revisarse. Frente a lo que se opinó en los noventa, un análisis más a fondo de lo acaecido en las últimas cuatro décadas ha de comenzar afirmando que los trascendentales cambios que entonces comenzaban a ver la luz, acompañando al final de la Guerra Fría, no surgieron de

28 Felipe Larraín, Rodrigo Vergara, *Las transformaciones económicas de Chile* (Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos, 2000).

29 Correa, S. et al, *Historia del siglo XX chileno. Balance paradójico* (Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2001).

30 Con algunas destacadas excepciones, como la del excelente libro de Tomás Moulian, *Chile Actual: anatomía de un mito* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1997).

31 Julio Pérez S., “La Transición a la democracia como modelo analítico para la historia del presente: un balance crítico”, en Rafael Quiroga-Cheyrouze y Muñoz [Coord.], *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, (Madrid: Biblioteca Nueva, 2007), 61-76.

la nada ni parece que hayan agotado el horizonte de nuestro futuro sobre la Tierra. La difusión de la última revolución tecnológica no constituye un momento singular en nuestra evolución, sino un ejemplo más de la forma acumulativa y discontinua en que ésta se produce. La globalización debería ser entendida, pues, más que como un periodo histórico, como el fruto de la capacidad de “globalizar”, de extender el ecosistema humano en el espacio y en el tiempo, un rasgo esencial de nuestra especie. La más clara percepción de sus efectos en momentos de salto tecnológico no debería oscurecer la comprensión de su naturaleza como tendencia histórica asociada al cambio evolutivo.

Este enfoque se ve reforzado por las múltiples evidencias ya existentes de que a mediados de la pasada centuria las sociedades capitalistas contaban ya con instrumentos económicos, principalmente financieros, más que suficientes para llevar a cabo la plena integración de grandes mercados continentales. Si no se avanzó más rápido fue por la existencia de prioridades geopolíticas, derivadas de la Guerra Fría, y de limitaciones de carácter tecnológico que impedían prescindir por completo de los determinantes geográficos. Con la crisis y posterior reconversión capitalista de las ex repúblicas socialistas los temores de la Guerra Fría se disiparon y quedó expedito el camino para la difusión planetaria de los avances tecnológicos. Los sofisticados dispositivos que habían sido diseñados para la guerra podían reorien-

tarse hacia el consumo de masas, generando pingües beneficios a las grandes corporaciones, en tiempos de paz.

Paralelamente, desde mediados de la década de 1970, con el espectacular progreso de la microelectrónica, la informática y las telecomunicaciones, los obstáculos operativos que impedían dar el salto hacia una planificación estratégica del desarrollo humano a escala global fueron también removidos. Y ello porque esta tercera fase del proceso industrializador, la denominada RCT (revolución científico-técnica), aportó la tecnología y el instrumental necesarios para dar un paso decisivo en el proceso de sustitución del trabajo humano por el trabajo automotor, lo que conllevó una mutación sin precedentes en las relaciones productivas. Como consecuencia, la robotización se instaló en una buena parte de los sectores económicos más pujantes y en otros, como la medicina, donde hasta entonces el elemento humano había sido fundamental. Estas transformaciones, sobre las que podríamos extendernos sin límite, se vieron asimismo potenciadas por la revolución en el sector de las telecomunicaciones, la extensión del teletrabajo, la teleenseñanza, la gestión telemática de los capitales, la seguridad vía satélite o las guerras en el ciberespacio, que han pulverizado la antes determinante influencia de la geografía sobre la política³².

La correlación de fuerzas entre los agentes de la producción se vio así radicalmente desnivelada en favor de los

32 Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad, cultura* (Madrid: Alianza, 1997).

poseedores del capital. Las tradicionales formas de organización y lucha de los trabajadores se han mostrado a menudo obsoletas frente a empresas multinacionales, convertidas en verdaderas megápolis, cuyos capitales pueden fluctuar con extremada rapidez de unos países a otros y de unos sectores a otros. Y esta autonomía que ha proporcionado la RCT al empresariado en lo que se refiere a la gestión de recursos hizo también posible que las principales propuestas elaboradas por los economistas neoliberales de la escuela de Chicago fuesen llevadas a la práctica, por lo que no es extraño que una y otro coincidan en el tiempo³³.

De este modo, las fórmulas asistenciales que permanecieron vigentes en el último siglo, reforzadas por razones de seguridad durante las décadas de la Guerra Fría, perdieron toda justificación estrictamente económica. El Estado comenzó a retroceder a sus tradicionales funciones de represión y control, achicándose de acuerdo con los objetivos antiinflacionistas y el déficit cero. Un mercado en apariencia imparable fue ocupando las parcelas transferidas en masivas privatizaciones. En suma, en el cambio de milenio parecían existir pocos obstáculos técnicos para poner en circulación todos los recursos, materiales y humanos, disponibles. La Humanidad habría estado así a un paso de su integración a escala planetaria. Y el reiterado empleo del anglicismo “globalización” potenciaría esta imagen, no siem-

pre inocente, de que formamos parte de una única y hermanada comunidad planetaria.

Queda claro, pues, que una lectura corta y sesgada de los cambios que comenzaron a producirse en las últimas décadas del siglo XX sólo pudo responder al desconocimiento o al interés espurio de sus propagadores. Los esfuerzos desplegados durante la década de 1990 por sacar de contexto y absolutizar la magnitud de la revolución científico-técnica, promotora de una mítica y todopoderosa globalización, contribuyeron en última instancia a ocultar el carácter abierto de los nuevos tiempos y las múltiples opciones que el cambio tecnológico pone hoy al alcance del conjunto de la Humanidad³⁴.

Sin embargo, tanto el discurso político como el académico giraron frecuentemente en torno a la idea de la globalización como un producto genuino de nuestro tiempo, imprevisible e inevitable. Proclamando que entrábamos en una nueva época histórica se consiguió un tiempo precioso para reorganizar el sistema capitalista a escala planetaria, evitando debates espinosos y alentando el desenfreno en los mercados financieros. La década de los noventa fue así una “década perdida” para la acción colectiva de los trabajadores en la lucha por la emancipación social, pero dio al capitalismo el tiempo y el equilibrio necesarios para iniciar la transición hacia el estadio global.

33 Lester Thurow, *The Future of Capitalism* (New York: William Morrow, 1996).

34 Julio Pérez S., Carmen Gómez G., “Historia y ecohistoria ante la crisis ambiental”, en *História e meio-ambiente: O impacto da expansão europeia* (Coimbra: Centro de Estudos História do Atlântico, 1999), 55-59.

Se logró de este modo atenuar el potencial efecto desestabilizador de la última revolución tecnológica, cuyo progreso silencioso cuestionaba ya a comienzos de los setenta los preceptos acordados en el complejo hotelero de Bretton Woods. Después de tres décadas de crecimiento basado en las políticas keynesianas y en el uso del patrón dólar, el modelo se había agotado. La función clave del sistema se había desplazado del sector industrial al del conocimiento, es decir, el capital intangible se había convertido en el principal recurso estratégico en la competencia mundial³⁵. La industria, fuertemente dependiente del factor energético, dejó de ser el sector clave del capital, subordinándose a las nuevas tecnologías, potenciadas por los activos intangibles, lo que fomentó la internacionalización de las finanzas y, consecuentemente, el surgimiento del capitalismo global.

Cabría definir así al capitalismo global como una etapa en la evolución del sistema capitalista en el que el capital basado en el conocimiento tiende a operar como recurso clave para la competencia a escala planetaria. Los activos financieros, que habían desempeñado esta función en el capitalismo surgido de la segunda oleada industrializadora, al que habrían dado nombre, habrían perdido su preeminencia frente a los activos intangibles, con la consiguiente reestructuración de todo el sistema. Expresiones edulcoradas como “sociedad

de la información” o “sociedad del conocimiento” reflejan metafóricamente este profundo cambio de modelo³⁶.

CONCLUSIONES

Como hemos visto, el paisaje que observa el historiador varía según las propias coordenadas espacio-temporales en que éste se sitúa. La dictadura chilena duró apenas quince años, pero se ubicó en una coyuntura crítica que afectó al conjunto del planeta. La “tragedia” de 1973 pudo ser revisada como “milagro” en 1989 porque el proyecto socialista se estaba derrumbando. Pero, por la misma lógica, lo que está sucediendo en América Latina y en el mundo después de 2001 cuestiona seriamente la visión idealizada del capitalismo, partero de una mítica globalización, que se difundió en la década de los noventa. En la segunda década del siglo XXI nuevas realidades sociopolíticas, inéditas en la América del Sur, aportan una espléndida atalaya desde la que contemplar el pasado con otros ojos.

La primera grieta en el imaginario forjado en la post Guerra Fría se abrió en 1999, con la victoria de Hugo Chávez en las elecciones presidenciales de Venezuela. El ascenso al poder de forma pacífica y por medios democráticos de Luíz Inácio *Lula* da Silva, líder del Partido de los Trabajadores, en Brasil en el año 2003 amplió la fractura. En 2004

35 El capital intelectual o intangible abarcaría tanto el capital estructural (tecnológico, organizativo y relacional) como los recursos humanos de que se dispone, sin olvidar aspectos externos como la influencia de los gobiernos, el control mediático del mercado, la amenaza militar, etc...

36 Por ejemplo, Peter Drucker, *Las nuevas realidades* (Bogotá: Editorial Norma, 1989); Emmanuel Todd, *La ilusión económica. Ensayo sobre las sociedades desarrolladas* (Madrid: Suma de letras, 2001).

era Tabaré Vázquez quien, a la cabeza del Frente Amplio, alcanzaba la presidencia de Uruguay. Y poco después, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador confirmaban en 2006 la viabilidad de este modelo, alcanzando la presidencia de sus repúblicas al frente de organizaciones con fines revolucionarios, pero por medios pacíficos y respetando las formas democráticas.

Estos y otros ejemplos que podrían añadirse devuelven actualidad al antes preterido tiempo de Salvador Allende. Parece evidente que el llamado “socialismo del siglo XXI” tiene más que ver con el proyecto de la Unidad Popular chilena, pese a sus también notables diferencias, que con los modelos soviético, chino, cubano o albanés, basados en el acceso al poder por medios violentos. La unidad latinoamericana, asociada al reconocimiento de los derechos de los pueblos, unen las experiencias actuales con la que se intentó abortar en Chile hace ahora cuarenta años. No debe extrañar por ello el interés renovado que comienza a observarse, tanto en la academia como en nuestras sociedades, por rescatar del olvido la experiencia de la Unidad Popular y la llamada vía chilena al socialismo³⁷. De sus aciertos y sus errores hay mucho que aprender y sería imperdonable mantener más tiempo en el olvido esta experiencia quizá pionera de lo que podrá ser en el futuro un socialismo verdaderamente democrático.

Paralelamente, la cada vez más firme condena de las dictaduras, con la consiguiente exigencia de castigo para los responsables de la represión, labor ésta en la que la República Argentina está siendo abanderada y poderoso referente moral, erosiona cada vez más la imagen idealizada del “milagro” chileno. Asimismo, el cuestionamiento del modelo neoliberal en América Latina y en el mundo, tras la crisis del sistema financiero en 2007, ha puesto al modelo chileno en entredicho. Las profundas fracturas políticas, sociales y territoriales que la dictadura generó afloran en los gritos de protesta de los estudiantes, que ven hoy al neoliberalismo como una onerosa lacra del pasado. En contraste con ello, estos nuevos “hombres libres” recorren “las grandes alamedas” de Santiago y otras ciudades del país reivindicando sus derechos. En verdad, contemplando estas luchas, uno siente la tentación de compartir con Allende “la certeza de que, por lo menos, habrá una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición”³⁸.

Es cierto también que en América Latina los poderosos esperan que el nuevo proyecto socialista fracase. Es lo mismo que anhelan, y por lo que trabajan, los estrategas de los Estados Unidos. Se trabaja con la analogía de los años setenta, pero hoy ya son muchos los que han iniciado el camino de la soberanía, de la dignidad nacional y de la reapropiación de sus recursos. La escena internacional

37 Cabe destacar en este sentido la obra de Franck Gaudichaud, *Chili 1970-1973. Mille jours qui ébranlèrent le monde* (Rennes: Presses Universitaires de Rennes/Institut des Amériques, 2013).

38 Última alocución de Salvador Allende en “Radio Magallanes”. Santiago de Chile, 11 de septiembre de 1973.

es mucho más compleja. Del mundo bipolar, estable y previsible, hemos pasado al equilibrio inestable de un mundo en el que las viejas potencias y los países emergentes pugnan con nuevos alineamientos. ¿Quién puede asegurar que va a ostentar el predominio en las nuevas condiciones? No podemos siquiera imaginar cómo será el mundo de nuestros hijos, ni si habitarán dentro o fuera del planeta, con otros hombres o en compañía de seres fabricados industrialmente. El futuro no está escrito para nadie. Además, los recientes alardes bélicos demuestran que hoy el poder mundial se asienta sobre dos frágiles pilares: de una

parte, una gran capacidad para ejercer la violencia y provocar la destrucción; de otro, la pasividad de los ciudadanos³⁹. Ambos están indisolublemente unidos, porque la violencia sin legitimidad, sin consenso, sin resignación, puede ser entendida como un desafío de imprevisibles consecuencias. Es una lección que hemos tardado mucho en aprender y que, por ello, nunca deberíamos olvidar. Que algunos resistieran hace cuarenta años, aunque su proyecto fuera derrotado, puede ser la clave para que toda la Humanidad pueda alguna vez encontrar el camino de su liberación.

39 Julio Pérez S., "Fortaleza y debilidad de la estrategia globalista en la post Guerra Fría", en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Vol. VII, núm. 7 (Santiago 2003): 175-191.

